XI- Los fragmentos del libro

Terminó él de leer el texto que sobre la ladera, lago y aire, las hojas de papel, habían derramado. Permaneció en silencio frente a la niña, como esperando algunas palabras de ésta. Pero nada dijo ella. Permaneció quieta, muda y como reflexionando. Y como, de alguna manera, ya se veía el resplandor del nuevo día, pasado un buen rato, el hombre comentó a la niña:
- Sé que llega el momento de tu marcha. El último trozo que de ella quiero compartir contigo, lo tengo aquí. Escrito por ella misma y guardado en este pequeño librito. Comparto sólo unos fragmentos mientras te acompaño hacia la puerta que da paso al recinto que me pertenece y ya has recorrido conmigo esta noche.

Comenzaron a caminar hacia la puerta del recinto por donde iba apareciendo el resplandor del nuevo día. Abrió el hombre el libro y muy armoniosamente y con voz sonora, leyó de nuevo:

Entre la nieve

1
El caballo color crema, raro, bello, a cada momento siente la presencia del hombre de la camisa blanca. Sigue cada movimiento del hombre, confiando en él plenamente. Lo acompaña a cada paso que da.
- Ibrahim ¿cómo has pasado la noche?
Al entrar el hombre, los rayos amarillos irrumpen en la oscuridad del establo. En la tiniebla densa y llena de olores de albahaca y de hierba de la estepa. El olor del caballo se funde con el perfume del jazmín fuera del establo.
- La noche fue fría pero ha pasado. Ahora sí que llegarán los días fríos de verdad. Pero ¿sabes Ibrahim? Tenemos que pensar en la primavera que llegará después del invierno. Diciembre pasará, pasará.
El caballo inclina la nariz al sentir la caricia del hombre de la camisa blanca. Está feliz.
- Mi abuelo me decía que no esté triste cuando llueva. Que piense siempre en las flores que brotarán después de la lluvia. Tú, Ibrahim, lo sabes. Siempre estás callado pero lo sabes. Te veo feliz bajo la lluvia. Entonces aguantamos este diciembre. Quizá este año la primavera llegue antes.
Habla con el caballo mientras limpia su curvado cuello, mientras arregla el establo o cambia el heno y el agua. Hace frío. Fuera se siente el fresco de la mañana de diciembre, el perfume de la tierra mojada. La tierra mojada siempre huele a muchas flores, incluso cuando ya no hay flores.

2
La princesa: “La nieve cae en mis brazos, en mi boca, en mis ojos. No puedo respirar porque el mundo está lleno de nieve. El mundo tan repleto de nieve como la mar de náufragos que no encuentran su puerto. La nieve esconde las pisadas sobre el camino. Por fin al fijarme, logro comprender que por aquí ha pasado alguien. Reconozco mis huellas. Yo soy delgada, envuelta en la soledad de los abrazos desconocidos que el mundo me ofrece. Camino con los zapatillos rojos de princesa. Te busco a cada paso que doy. Entre la niebla de la nieve, adivino la silueta de un lejano puerto. El deseo ardiente del puerto donde me esperas”.

3
- Basta.
Se dirigió hacia la cocina, buscando los zapatillos al pasar por el corredor. El agua en la cacerola estaba casi hirviendo.
- Pero basta.
Repitió con más energía. Sabe que debe dejar de pensar. Ahora, dentro de poco, llegará Él.

4
Llegó. Abrió la puerta con sus llaves sin advertirla, sin buscar su sonrisa. Cansado, se refugió en su bata suave. Cada vez que la ha abrazado, Ella siempre ha sentido calor y cariño pero ahora piensa que quizá haya sido simplemente la ternura de su bata no de su corazón. Ella se acostumbró al cariño de la bata. Bata.

5
- Has regresado tarde.
Dice, abrazándolo bajo las sábanas. Su cuerpo delgado y suave quiere calentar la cama rápidamente pero la cama todavía está fría. Todo el mundo está frío, como los labios de la persona que la besa. Se puede morir ahogado en este frío.
- Trabajo, lo sabes.
No contesta. Pone suavemente, casi con temor, la cabeza sobre el cristal de su pecho. Silencio. Al otro lado de sus párpados está la habitación llena de oscuridad. Tras la oscuridad, se adivinan las cortinas.

Más allá de las cortinas, resalta la ventana como herida en el cuerpo del muro. Un dibujo triste de la nieve. Tras la nieve, se esconde la noche. Dentro de la noche, existes tú.

6

La princesa: "Así pasarán noches, días, horas y segundos de mí vida. Caerán como caen los copos de nieve, iguales, hermosos, fríos. Y llegará el día en que la tempestad de la nieve acabe. Y llegará el día del cielo azul, sin nevada. Desapareceré como la nieve derretida, sin encontrarte. Dolor de los dolores, saber que nunca te encuentro".

7

La princesa: "Solo tú, hombre de los ojos verdes, me haces superar la distancia de los campos invisibles".

8

El caballo: "Solo tú, hombre que llegas por la mañana para liberarme de la tiniebla, me haces revivir mis recuerdos. Nuestros recuerdos galopando por la estepa".

9

Están acostumbrados uno al otro. A lo largo de los años, Ella se acostumbró a sus abrazos, a sus besos, a su sonrisa, a su indiferencia. Él la desea como desean comer, como desean dormir. Sin necesidad de aprender las olas de su cuerpo, el tesoro suave y frágil encontrado en este mundo lleno de esquinas. Pero Ella necesita que la deseen como el aire que respira.

10

Él es rico, generoso. Siempre le regala flores. Ella pasa las horas sentada frente a la ventana, escuchando el silencio, viendo la caída de las hojas, tiernas, bellas. Dolor de los dolores, ver los pétalos caídos, podridos, arruinados. El tiempo. El tiempo se acerca de puntillas por detrás de Ella. Pone sus manos invisibles sobre sus hombros. Está sola en el cuarto. Tiembla. Teme la presencia de algún desconocido con los ojos verdes. Cuando caen las hojas, Ella toca con temor sus mejillas, busca algo: manchas, heridas. No encuentra nada en la tierna piel de su cara. Solo el miedo del tiempo que la abraza.

11

El caballo: "Te necesito más que el agua, más que el aire. Eres mi movimiento, eres yo mismo, sano, vivo, alegre".

12

No importa dónde trabaja cada uno. Lo importante es que por las noches, cuando caen las estrellas, Él no siente el susurro de estas estrellas deslizándose hacia la tierra. Ella a su vez, está llena de este denso rumor. Acompaña la caída estelar con la mirada ardiente y solitaria. Soledad del dormitorio donde duermen los dos.

13

- Eres demasiado romántica.

Le dice una noche sin abrazos.

- Pero es verdad que siento caer las estrellas.

Se mueve hacia la ventana, desnuda, envuelta en la sábana, como una diosa antigua. La diosa que no existe.

- Mira, ven aquí, te lo pido.

- Querida, son las dos de la noche. Mañana tengo que trabajar.

Él no se acerca a la ventana. Le entra sueño. Su respiración tranquila y rítmica, rellena el aire alrededor de la cama. La cama se ahoga en la oscuridad de la noche sin estrellas. Ella sigue mirando las estrellas invisibles.

14

La princesa: "Lejos de mí, desde la otra parte del mundo, contemplas la caída de las estrellas. En tus ojos verdes, se refleja su vuelo infinito. Infinito como la vida de una mariposa".

15

La princesa en el mundo de sus sueños: "País sin sol, sin estrellas. País de nubes.

- ¿Sabes? Quisiera vivir en el país donde el cielo es siempre azul, donde luce siempre el sol, donde por las noches caen las estrellas como la nieve aquí.

No le contesta. Ya duerme sereno y profundo. Ella sonríe, vuelve a la cama, olvida cerrar la ventana con las cortinas. Duermen dos cuerpos en la mar blanca de las sábanas. Dos cuerpos como dos barcas aisladas, perdidas, lejanas. Y ninguna de estas dos barcas llegará a su puerto. Porque ya no existe ningún puerto.

16

Diciembre llega de repente. El día está lleno de sol. Pero tras el calor del aire y el perfume de las flores, ya se escuchan sus pasos fríos. Ibrahim está en su establo ya preparado, impaciente. Sabe la hora en que llegará el hombre que habla con él y que lo acaricia. Toda la noche la pasa en tiniebla. A lo largo de toda la noche, solo existe para él el color negro. Pero llega el hombre de la camisa blanca para contarle los colores del mundo. Con la llegada de este hombre, irrumpen en la cuadra los olores del campo, el calor del hogar, el olor del tabaco. La oscuridad entorno al caballo, empieza a llenarse de vida. Azul como el cielo, amarillo como las montañas, rojo como los besos y verde como la lluvia en verano. Verde como las hojas nuevas. Verde, verde.

17

Entra el hombre de la camisa blanca. Ibrahim lo olfatea sin rozarlo. Algo de valor eterno, existe en este hombre, que el caballo reconoce cada mañana. El color verde de sus ojos.

18

El caballo: “Aprendo a sentir los colores. Amarillo, negro, rojo, azul. Me gusta más el verde. Temo mucho el blanco”.

19

No importa cómo se llamen los dos. Lo importante es que a Ella le gusta el color verde. Lo importante es que Él no lo sabe. No sabe mirar el mundo con sus ojos. El mundo de color verde de sus sueños.
- Quiero el día lleno de sol. Lleno como el vaso puede estar lleno del vino hasta el borde. Tan lleno que se derrame. Estoy toda manchada de sol. Quiero así. Quiero.
- Querida pero hoy sí que hacía sol. ¿No lo has notado?
Hojeando el periódico.
- No me escuchas. Habla por favor conmigo.
Se acerca a Él, sentándose en la alfombra cerca del sofá.
- Quiero acabar este artículo.
Silencio. Después, para no ofenderla:
- ¿Salimos este domingo? Dicen que será un día muy soleado.
Silencio. La mira por primera vez.
Qué loca. Sueña con sol del país que no existe. Sueña con la caricia del sol día y noche.

145

- Quisiera hablar contigo.
- Yo también.
Silencio en el bar. Tienen miedo de hablar entre sí.
- ¿Te gustan estas flores?
Él coge la flor amarilla del cristal y se la da a Ella. Los dos viven por un instante la cercanía de sus manos.
- ¿Sabes con qué soñará esta flor al abrirse por la mañana?
Pregunta Ella.
- No.
- Soñará que el mundo a su alrededor, no se marchitará jamás.
- No. El mundo no cambia. Se marchitan las flores. Apura el té, querida.

146

- Ella habla de las flores, del mundo que se marchitará.
- ¿Algo más?
Pregunta el médico.
- Esto ya es suficiente pero es imposible. Ella es biólogo. Tiene casa, amigos, trabajo, carrera.
Del modo en que lo haría un preso, Él se mira las manos pensando.
- ¿Té o café?
Con fría cortesía.
- Café.
Silencio. Se escucha cómo el médico prepara el café soluble.

147

El caballo: “Eres mi galope”.

148

La princesa: “Eres mi puerto”.

149

El hombre de la camisa blanca deja la casa al amanecer. El sol, a esta primera hora del día, se bate como el pájaro en la jaula de las nubes. Aún cautivo en la noche.

150
La princesa: “Adivino tu mundo bajo los párpados cerrados. Es sol y música. Duermes, embrujándome con tus sueños. Eres mi tierra, donde planto las flores de mis besos”.

151
La princesa en el mundo de sus sueños:
- “Soñé esta noche con tus sueños.
No me crees. Sonríes, como siempre.
- Háblame de tu país.
-¿Qué te cuento? Mi abuela lavaba la ropa en la nieve derretida.
De nuevo sonríes:
- País de la nieve”.

152
La princesa: “Intento escribir de ti pero la prosa se vuelve poesía. Quiero decir palabras sobrias pero me emborracho en cada estrofa con tu presencia. Escribo estas frases a dos pasos de ti. Solo dos calles me separan de ti, hombre de la camisa blanca. Hombre del sombrero blanco. Mi hombre, tan blanco como no pudieron ser las nieves de mi tierra”.

153
- ¿Hace unos días deseabas hablar conmigo?
Están de nuevo en el bar mirador. De nuevo la mesita con el brote de la flor amarilla. De nuevo el vacío del cielo al otro lado de la ventana.
- Qué tiempo.
Ella observa cómo las gaviotas se esfuerzan para volar contra el viento. Después dice:
- Sabes, me gusta este sitio, imagino que estoy lejos de todo.
Añade muy seria:
- Tengo que marcharme.
- ¿A dónde?
- Este lugar para mí ahora está vacío. Déjame marchar. Perdóname.

154
El hombre de la camisa blanca sale de casa al amanecer. Sale como los caballeros a la cruzada, vestido con la armadura de su piel morena.

155
La princesa: “No puedo coger el sueño. Ahora ya no puedo dormir por las noches. Quiero verte, centauro de los ojos verdes. Quiero cada noche salir de la nevada. Cada noche quiero encontrarte por primera vez, por primera vez morir y resucitar en tus ojos verdes. Pero no puedo coger el sueño”.

156
La princesa: “Sufro insomnio. No sabía jamás que mi mundo era solo un sueño hundido en tu recuerdo”.

157
El caballo: “Sufro insomnio. Duermo y veo sólo la noche, sin sueños. El hombre de la camisa blanca se fue. Me invade la noche llena de quietud”.

158
El caballo: “Su sombrero olía a paja”.

159
- No duerme. Dice que quiere marcharse de aquí.
- ¿A dónde?
- No sé.
Él de nuevo se siente como en un tribunal, pequeño, incapaz de salvarla.
- Intento estar con Ella. Dos semanas sin trabajar. Estoy todos los días en casa. Pero, no sé, me parece algo extraño. Es como si no estuviera conmigo, no sé dónde.
- Podemos salvarla. La medicina, en estos últimos años, ha dado un salto en el conocimiento de este tipo de enfermedades.

160
La princesa en el mundo de sus sueños:
- Sabes, un día escribiré un libro sobre ti. Sobre mí.
- ¿Y para qué?
- Para recordarlo todo. Todo hasta las comas de tus frases, hasta los sonidos de tu música.
- ¿Qué libro será?

El sol acaricia nuestra terraza. Somos dos peces felices y grandes flotando en las olas doradas. El jazmín huele a los siglos de los reyes moros.
- Será el libro del silencio color verde.
Sonríes.
- Será un libro con una sola palabra: tú. Y sí un día alguien lograra descifrar está palabra, no bastarán los volúmenes para escribirlo todo.
- Qué exagerada.
- Quizá.
Reímos. Felices de vivir, de existir, existir como las plantas verdes, como las mariposas que nacieron ayer".

161
La princesa: "Pido a Dios no olvidarte jamás. Pido conservar el regalo que he recibido. Pido en todas las lenguas del mundo, recordarte. Pido así, como piden los niños".

162
El caballo: "Te vas y no vuelves. Me acuerdo de ti: tu cuerpo huele a flores del campo, al otoño en las montañas donde corríamos en libertad. Tu cuerpo huele a sudor, a carrera, a vida. A mí".

163
- ¿De nuevo no has dormido esta noche?
Él le pregunta preocupado.
- No.
- Vamos. Hoy vamos al médico. Conozco a uno, mi amigo. Tiene experiencia.
- ¿En qué?
Silencio. El reloj de pared da las nueve.
- Tengo miedo del tiempo. Quita este reloj, por favor. No quiero escuchar más el paso del tiempo.
Desesperado, Él se sienta en la silla frente a la ventana. Sujeta su cabeza con las manos y los codos apoyados sobre las rodillas.

164
La princesa: "Tengo miedo del tiempo que paso sin ti. Tengo miedo del tiempo que corre por el mundo para encontrarme un día, tengo miedo que me encuentre fuera de tus brazos".

165
- Qué frío.
El hombre se envuelve en el abrigo. La nube del nordeste ya está muy cerca. Está agarrada a la cumbre de la montaña amarilla.
- Quizá, se quede ahí.
El día está pálido, enfermo.

166
- ¿Recuerdas que un día hemos comido aceitunas?
- Sí.
Él intenta encontrar un significado escondido en sus palabras. Encontrar un síntoma, una respuesta.
- Quiero - ver - al - hombre - que - ha - cogido - estas - aceitunas.
Pronuncia con fuerza, claro y concreto.
¿Es un capricho de loca? ¿De niña? ¿De soñadora? ¿De princesa?

167
La princesa en el mundo de sus sueños:
- "Te toca a ti hablarme de tu vida.
Me contestas brevemente:
- Aceitunas.
- ¿Qué aceitunas?
- Mi vida se parte en dos: la época de las aceitunas y el resto.
Te miro. Sí, tus ojos son de color de las aceitunas, tu piel tiene perfume de aceitunas".

168
- Usted tiene dos opciones: seguirla en su locura o traerla aquí. Sabemos qué hacer en casos como éste. Perdón por mi aseveración. Los dos somos médicos. Usted sabe que la espera puede ser peligrosa.
- ¿Seguirla en su locura?
Él intenta repetir lo más indiferente posible.
- Sí, eso es una de las dos opciones.
Silencio. Esperan algo.
- Sí, repito, o ir con Ella a buscar al hombre que, perdón, cogía las aceitunas, o.

Interrumpe sin acabar la frase, sin intento de contenerse esta vez:
- Pero, perdóname Usted, pero.
De nuevo un silencio. Se escucha el tic tac del reloj de pulsera del médico.
- Tengo que regresar a casa. Está sola. Hasta luego.

169
El caballo: “Primera mañana sin sol. Primer día sin olor de los campos. Primera tarde sin el placer de los músculos cansados de correr. Sin ti, hombre de la camisa blanca”.

170
La princesa: “Primera noche que duermo. Primera noche que de nuevo veo el desierto. Sin ti, centauro de los ojos verdes”.

171
La princesa en el mundo de sus sueños:
- “Todo me parece muy extraño.
- ¿Qué?
- Que estamos juntos.
- Tenía que ser así”.

172
La princesa: “Quiero que la época de las aceitunas también tenga un significado en mi vida”.

173
Esta noche Él está cariñoso con Ella. Esta noche de nuevo cae la nieve.
- Nos vamos a la tierra donde los hombres cogen aceitunas. Lo he decidido.
Él pronuncia con los ojos cerrados, apretando con sus manos en las muñecas de Ella.

174
La princesa: “Me ha dicho que vamos a tu tierra, centauro. Vamos para encontrarte. Esta noche de nuevo ha nevado pero no importa. Salgo con los zapatillos de princesa para ir a buscarte sobre esta tierra o donde acaba esta tierra y empieza la mar, la mar sin puertos”.

175
La princesa: “Él compró los billetes, arregló todos los documentos. Yo preparé mis zapatillos de princesa para salir a buscarte al amanecer”.

Y el desierto

1
- Estás aquí, en la tierra donde los hombres cogen aceitunas.
Le dice a Ella, quiere verla sonreír. Jamás en su vida había deseado tan fuertemente hacerla feliz.
- Ahora quiero que descanses del viaje.
- Sí.
Obediente, silenciosa se va a la cama, como cuando se realiza algo solemne, grande, inexplicable, esperado. Ella se duerme rápido. Está cansada. Él se sienta cerca de la cama.
“Quizá, este viaje, este capricho, es la única cosa importante que he hecho para ti, princesa”. Piensa. La observa. Mira cada línea de su cara, cada sombra de su cuerpo.

2
La princesa: “Escribo estas páginas y siento que estoy agotada. Agotada de mi esfuerzo de imaginarte, imaginar tus respuestas, tus movimientos, matiz del verde por la mañana”.

3
Él intenta recordarla así, envuelta en la noche del país lejano, del país ajeno. Al otro lado de la ventana, se ve la luna nueva, esbozada con el color de la leche cocida. Ahora, la misma luna invade el dormitorio en su país, donde todo está trastornado por la nieve. Se levanta para cerrar la ventana entreabierta. La ciudad abajo, duerme. La placeta parece un altar antiguo, un sacrificadero a donde mañana Él llevará obediente a su princesa encontrada.

4
La princesa: “Soy una viajera sin agua en un día caluroso, una viajera en el desierto sin horizonte. Ni tu sonrisa ni tus brazos, ya no puedo imaginar nada más. Necesito el agua de tu presencia para llegar a mi puerto”.

5

El caballo: “Necesito tu presencia para salir del establo. Para acordarme del perfume de las estrellas, para acordarme del sabor de las flores”.

6

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Te veo triste esta mañana.
- Ayer, paseando por tu ciudad, encontré el árbol lila. El mismo árbol que crecía frente a la casa de mis abuelos.
- Debes tener alegría en vez de tristeza. Son las señales que te envía el cielo.
- Me acordé del ramo de lilas que cada mañana mi abuela ponía en el jarrón.
- Estamos de paso. Nada poseemos aquí.

Te miro y por primera vez siento un dolor agudo: no quieres comprenderme. El sol se levanta rápido de las montañas amarillas. No dormimos nunca”.

7

La princesa: “Temo perder una migaja de este mundo que se me escapa como el agua por entre los dedos”.

8

El caballo: “Hace dos días que estoy en el establo. Hace dos días sin diciembre frío, sin olor de jazmín, sin las montañas que huelen a paja fresca, sin el hombre de la camisa blanca. Es de noche”.

9

La princesa: “Temo perder el recuerdo de tu perfume, el recuerdo de tu voz. Porque al quedarme sin ello, olvido amar, olvido sufrir. Olvido vivir”.

10

El caballo: “Temo perder el recuerdo de tu perfume, el recuerdo de tu voz. Porque al quedarme sin ello, olvido correr, olvido galopar. Olvido vivir”.

11

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “¿No temes perderme un día?

Siento como crece el silencio. Crece tan rápido que se está convirtiendo en un abismo. Ya no veo ni tus ojos. Alargo las manos y me estrello con el vacío.

- Nada poseemos aquí.

Repites desde la otra orilla, donde hay paz y sol, dirigiéndote a esta orilla, donde solo hay nieve. Reconozco tu voz, mi hombre encontrado.

- Todo se nos ha dado por un instante: vivirlo y devolverlo.
- No. En la vida.

Siento un nudo en la garganta. Me rebelo como una hormiga contra las leyes del mundo. Me rebelo como una hormiga porque quiero el perfume de los pinos a mi alrededor, porque quiero el bosque que me rodea. Porque quiero el sol que se escurre por entre las ramas, altas como las estrellas.

12

La princesa: “Se acaba esta noche como acaban los libros, los caminos, los dolores. Te sueño preciso y vivo. Tus ojos frente a mis ojos, mi centauro. Aquí acaba la mar. Veo las siluetas de las orillas donde me esperas. Siento el calor de tu desierto. Oigo el cuchicheo de la arena bajo tus pasos”.

13

El hombre de la camisa blanca entra en la ciudad por la noche. Entra como un mesías de leyendas antiguas. La ciudad oye sus silenciosos pasos. La ciudad escucha todo. Reconoce todo. Al entrar, se para en la placeta, bella como la que dibujaban los pintores medievales. La luna nueva, se desliza por el cielo negro. La luna antigua.

14

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Sabes, siempre he imaginado, encontrarte así. De repente.

La luna nueva sobre la ciudad. La noche va de puntillas para sorprender nuestra conversación, para guardarla en sus recuerdos. Cuando desaparezcamos, sólo esta noche nos recordará. Somos dos caminos que se cruzan por un instante.

- ¿Cómo habías imaginado nuestro encuentro?
- ¿No lo sabías?

Aprieto tus manos. Siento que el tiempo te roba de mí, me quita tu sonrisa. Tan poco y tanto.

- Lo sé pero quiero escuchar cómo lo cuentas tú.

- Son mis primeros días en la ciudad blanca. Paseo por las calles buscándote sin conocerte. Paseo por la ciudad llena de profecías de ti. Palidez de luna, silencio de los castillos, música de los manantiales llenos de peces y flores. Todo me susurra de ti.
Cansada de buscarte, llego con amigos a tu casa. Veo de repente tus ojos de color verde.

15
El caballo: “Dos días sin correr. ¿Qué sentido tienen los campos, los senderos, las montañas sino los atravieso galopando? Sin ti”.

16
La princesa: “Muchos siglos sin ti. ¿Qué sentido tiene la mar sino la atravieso para llegar al puerto? Sin ti”.

17
La princesa en el mundo de sus sueños: “Me gusta ver cómo me escuchas, como la noche nos escucha. Es necesario que la noche nos recuerde así: jóvenes, felices. Juntos.
- ¿Qué fue después de haberme encontrado?
Me preguntas cerrando los ojos: en el universo se apaga el matiz verde.
- Después, después tu ciudad se convirtió en mi ciudad. Cada calle me cantaba de ti, desde aquella noche cuando te vi por primera vez, con la guitarra. Te veía siempre por la noche. Todo era algo misterioso en los encuentros. La ciudad nos hablaba de los reyes moros, de las princesas ahogadas en la soledad de sus mazmorras. Los manantiales de los castillos medievales nos hablaban de las cruzadas hacia Tierras Santas.

18
La princesa: “Hay noches en las que todo es importante. Salgo del dormitorio vestida de rojo, con el brote de la rosa amarilla en los cabellos. Me aparto de la cama donde tengo que estar ahora. Me aparto tan de repente que parece que mi cuerpo todavía duerme cerca de Él. Sin ruido, abro la puerta. Lo dejó solo en la mar, entre las sábanas. Sin ruido, cierro la puerta. Qué sensación tan extraña cerrar la puerta detrás de mí, despedirme de mí”.

19
La princesa en el mundo de sus sueños: “La noche está borrada casi por completo. El amanecer, dibuja los contornos de las montañas amarillas en el horizonte.
- No sabía que un día iba a vivir todo esto: el amanecer entre las montañas soñadas, el amanecer con el hombre que fue mi sueño.
- No sabía que iba a ser un sueño de alguien. Es tan agradable.
- Es tan responsable.
- ¿Por qué?
Te miro, implorando que me comprendas sin palabras, que sientas mi miedo del mundo sin ti. Me comprendes. Dejas de mirarme. Lías tu cigarro.
- Vamos a dormir.
Abrazándote, te cuento mis secretos infantiles. Duermes, cansado de ser el sueño de alguien.
- Desde la noche en que te vi, he pensado sólo volver a encontrarte de nuevo. Una mañana, sin pensar buscarte, salí a dar un paseo. Tomabas el café con tus amigos. Me reconociste. Me llamaste: “Te preparé la guitarra”. Me la dejaste.
La noche casi se marchó. Escucho el silencio del amanecer, que está lleno del canto del mirlo”.

20
La princesa: “¿Por qué pienso en ti como sí hubieras nacido en épocas pasadas? En épocas que ni tú ni yo conocíamos. La noche más dulce olerá a ti”.

21
El hombre de la camisa blanca entra en la ciudad por la noche. Entra como el mesías de las leyendas antiguas. La ciudad oye sus pasos silenciosos. La ciudad escucha todo. Reconoce todo.

22
La niña del vestido rojo, entra en la ciudad por la noche. Entra como la princesa de las leyendas de los reyes moros. La ciudad oye sus pasos silenciosos. La ciudad escucha todo. Reconoce todo.

23
Silencio.

24
Silencio.

25

La princesa en el mundo de sus sueños:
- "Así imaginaba tus ojos.
La princesa de los zapatillos rojos se acerca al hombre de la camisa blanca.
- Sabía de dónde llegaba este frío.
El hombre de la camisa blanca se acerca a la princesa de los zapatillos rojos.
- Tus ojos eran de color verde de las estepas desconocidas, de color verde como la mar en la que me perdí buscándote.
- El frío era de la nevada desconocida, el frío en el que sentí tu presencia.
El hombre coge sus manos.
La niña aprieta sus manos.

26

La princesa: "Es tan fácil acabar la historia, llegar a un puerto. Pero me duele aquí, en el pecho, cuando recuerdo el sueño contigo que he perdido al encontrarte".

27

Él se despierta. Busca su perfume, su calor. La cama está fría. El sol de la mañana, entrando en el cuarto, poco a poco va calentando su soledad. Pero no es todavía la profecía de la despedida. Simplemente huele a las últimas flores de diciembre.

28

La princesa en el mundo de sus sueños:
- "Me gustan las flores de tu tierra.
Estamos sentados juntos, en el bar que te gusta. Aquí en la cuesta.
- Cada vez, cuando aspire el perfume de estas flores, pensaré en esta mañana. Las flores serán como.
Sonríes, interrumpiéndome:
- No. A veces las flores tienen que ser simplemente flores. No las abrumes con la carga de tus recuerdos. Piensa en el sol, en la libertad y en la pequeña flor que no significa nada para ti. Procura entenderlo.
Tomas el café que huele a café. Nada más. Miras a las montañas lejanas. Son las montañas de color de montañas. Nada más. Ni pizca de mentira en la esencia de tu mundo prehistórico".

29

Esperando su regreso, Él no para de andar por la habitación. ¿Quizá fue un error seguirla en su locura? ¿Debió llevarla al médico, llevar sus sueños al tribunal de su indulgencia? La puerta se abre. La ve, la princesa robada: los ojos llenos de sol, los zapatillos rojos. Qué locura.

30

La princesa en el mundo de sus sueños: "La mar que nos separaba, se acabó, se acabó está noche. Ya no siento más su rumor en ningún lugar. Acerco mi oído a una concha.
- ¿Qué sientes? ¿La mar?
- No. El silencio.
- Coge otra. Prueba.
Otra concha. Otro silencio en tono mayor, suena a ti. Sonrío".

31

La princesa: "Quiero que me perdones las frases de una sola palabra. Quiero que me perdones estas páginas que se fueron a pique dentro de ti, tan desesperadamente. Quiero que me lo perdones, porque te perdono las conchas que no trasmiten el sonido de la mar. Las conchas me susurran sólo del hombre de los ojos verdes".

32

- ¿Por qué siempre miras mis ojos?
Pregunta el hombre, acercándose al mirador de la placeta.
- Son los ojos del centauro.
La niña lo sigue. Miran a la ciudad abajo. Contemplan la ciudad por debajo de ellos. Contemplan el tiempo que pasa sin rozarlos. Contemplan la noche que abriga en su silencio la catedral, los tejados, la montaña cubierta de leyendas.
- Aquella montaña. Mírala. Se llama "El Suspiro del Moro".
Dice el hombre.

33

La princesa: "Somos dos dioses mitológicos que contemplamos el mundo desde la altura de nuestra felicidad".

34

- No quiero mentirte. Dejemos todas las preguntas, por favor.
Él asiente con la cabeza, feliz de retrasar el tiempo de la despedida.
Bajan la escalera para ir al bar a desayunar. Para hundirse en una taza de té, sin pensar, sin temer, sin sentir.

35
La princesa: "Está muy dulce el té. Sabe al hombre de los ojos verdes".

36
El caballo: "Estaba muy dulce el agua de los manantiales. Sabía al hombre de la camisa blanca".
37
- Me gustas con este vestido, con los zapatillos rojos de princesa.
Él no quería decirlo pero sus ojos lo delataban. Inútil esconderse. Pero Ella no sabe contestar.
- Estoy feliz de haber llegado aquí. Parece que te encuentro de nuevo. No sé sí me explico.
Ella lo interrumpe, escondiendo su dolor:
- Voy a pedir otra taza de té.
- Siéntate.
Entra al bar. La comprende. No puede reprocharla.

38
Cada noche llegaba con el mismo vestido. A la misma placeta de nombre desconocido. Cada noche encontraba al mismo hombre. Cada noche se aferraba al ancla en el puerto de sus abrazos.

39
La princesa: "Comenzó la luna nueva en la noche en que te encontré, cuando descubrí en tus ojos los del centauro. La luna era de color de la leche cocida al fuego".

40
El caballo: "No sé cuántos días pasé sin el hombre de la camisa blanca. No los cuento. Siento sólo el gemido del cuerpo en la inmovilidad. La noche".

41
La luna crecía. Crecía con cada noche, con cada beso que clavaba el hombre de los ojos del centauro en el cuerpo de la princesa de los zapatillos rojos. En cada beso, se escondía una crucifixión, en el centro de la placeta anónima. La ejecución duraba la semana. Justo una semana.

42
- Pero tengo que marcharme.
Una noche dijo el hombre. Y se fue.

43
La princesa: "No pude impedirte que te marcharas a las montañas amarillas, centauro. No pude detener tu galope. Te seguí con mis miradas y vi como tus pasos se convirtieron en flores. La estepa llena de flores".

44
La princesa: "Esta noche sueño con el desierto en flor".

45
- Por fin te veo descansada esta mañana.
Él pone las almohadas por detrás de su espalda. Ella se sienta en la cama.
- ¿Crees que estoy descansando?
Pregunta con voz apagada.
- Claro. Toda la semana has estado en la cama con fiebre. El médico que vino ayer, me dijo que descansar es bueno para ti.
Preocupado también se sienta en el borde de la cama, como en la orilla de la mar.

46
Llegó el tiempo de las aceitunas en el pueblo del hombre de la camisa blanca.
- Qué bien, has regresado a tiempo. Ahora descansa. Mañana vengo a despertarte. Todo el pueblo ya hace dos días que está abajo, en el olivar.
- Sí.
Obediente, silencioso se va a la cama, como cuando se realiza algo solemne, grande, inexplicable, esperado. El viejo mira atentamente al hombre.
- ¿Te pasó algo en la ciudad?
- No sé.
Contesta en voz baja.

- La niña me ha dicho que tengo los ojos de centauro.
- La niña no te engañó.

47

La princesa: “No te engañaré nunca. Cambiaré mis países, cambiaré mis nombres pero tú estarás lo mismo. Estarás tal como te encontré en aquella noche bajo la luna nueva”.

48

La princesa: “No regreso. Ya lo sé. Lo descubrí esta mañana al despertarme de mi delirio. La mar no tiene un puerto. No lo ha tenido nunca”.

49

El caballo: “Estás regresando. Escucho tus pasos. Mis músculos se tensionan al barruntar los campos, el sol, los colores. Llegas a liberarme de la tiniebla”.

50

- Ibrahim.

El hombre de la camisa blanca entra en el establo. Intenta comprender el sentimiento de culpa que siente al ver la alegría del caballo. El caballo olfatea la cara del hombre que lo desata.

- ¿No me reconoces, Ibrahim? Vaya, salimos hacia nuestra montaña.

Es temprano. El agradable rocío cosquillea en los pies. El caballo saborea el aire dulce, lleno de muchos aromas. Esencias de la vida, de la vida que vuelve a tener.

51

El caballo: “De nuevo el sol. El sol con olor a paja, a frescura del rocío, a la presencia del hombre”.

52

- Siento que toda la semana de nuestro viaje estuvieras en cama.

Pasean del brazo por el parque. Nota que Ella todavía está débil.

- Mañana volvemos pero si quieres podemos cambiar los billetes.
- No. No te preocupes.

Su voz está hundida en el canto de los pájaros.

53

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Quiero que sepas que he sido muy feliz al vivir en tu ciudad.

No me contestas. No tiene sentido responder.

- Pero quiero que sepas también el dolor de oírte un día: “Regreso a mi pueblo. Llegó el tiempo de las aceitunas”.
- Sabía que estas palabras pudieron hacerte daño. Inevitablemente, las aceitunas han partido mi vida en dos.
- También han partido la mía.

54

La princesa: “Mañana regreso a mi país. Regreso para siempre. Aunque “siempre”, es muy relativo. Te fuiste hacia los olivares, solemne como los caballeros de las cruzadas, regresando a sus casas. Dejando atrás su Tierra Santa. Tierra sangrienta”.

55

La princesa: “¿Por qué siento que mi cuerpo es la tierra sangrienta, la tierra del descanso? Contéstame ahora mismo. Porque mañana estaré al otro lado de la mar. Contéstame ahora. Porque desde mañana, mis oídos escucharán el canto de la nevada en cada concha que encuentre en mis orillas”.

56

- Te voy a cuidar desde hoy en adelante. Escúchame. ¿Me escuchas?

Ella no presta atención. El avión despega. La placeta, la ciudad, las montañas amarillas, el país verde, la península habitada por el centauro. Todo se condensa en un punto.

57

La princesa: “Todo se condensa en un punto de las frases que lees ahora. Desde las líneas que forman las letras, te miro”.

58

- Voy a cuidarte desde hoy en adelante.

Repite en voz baja cubriéndola con una manta. Su dormitorio huele a soledad del desierto. Al otro lado de la ventana, se encrespa la nevada. La nevada que no parará jamás.

59

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Empezó la época de las aceitunas. Cada mañana yo iba a la montaña amarilla para ver desde allí los olivares lejanos. La mar de aceitunas.

- No exageres pero.

Fumas. Respiro los últimos minutos de tu presencia.

- Escúchame. Tienes que saberlo antes de que me vaya. Cada día, yo esperaba que se agotaran las aceitunas en los árboles. Pero cada tarde regresaba a mi casa sin ver su fin. Fue la mar verde, la que te robó de mí.

60

La princesa: “Escúchame. Tienes que saberlo antes que desaparezca de tu vida. Fuiste el poema que regalé a los pájaros para que cantaran para ti más dulce en la noche. Fuiste la música que toqué a las flores para que oliesen para ti más suave en los campos. Fuiste el cuadro que dibujé para ti sobre los manantiales para que sus aguas fueran más frescas al mediodía”.

61

La princesa en el mundo de sus sueños: “De repente, una bocanada del aire nos cubre con las flores de los árboles de primavera. Dan vueltas. Sonreímos al mirarlas.

- No te olvidaré jamás.

Digo sin quererlo.

- ¿Ya te vas?

Tranquilo, como siempre, sumergido en la paz de las flores volando en el aire, me despides como si yo fuera humo”.

62

De repente, la bocanada del aire cubre a Ibrahim y al hombre de la camisa blanca con las flores de los árboles de la primavera. Dan vueltas.

- ¿Oyes, Ibrahim? La primavera, llegó por fin.

El hombre sonríe con los ojos del centauro. El caballo galopa por los campos. La luz brillante lo deslumbra. La luz al otro lado de las pupilas del caballo ciego.

63

De repente, la bocanada del aire la cubre con los copos de la nieve de primavera. Dan vueltas. Tiene puestos los zapatillos rojos. Dos pasos más allá, está la nevada, la mar para buscarte en todos los puertos que no existen. La mar. Amar.

64

Porque ya no existe ningún puerto.

65

Existe solo la mar.

66

Él regresa a casa. La soledad invade el dormitorio donde las ventanas están abiertas por el viento. La nieve cubre el escritorio con los papeles escritos por Ella.

67

- ¿Ella está bien?

- Mejor. Hoy mejor.

Contesta el médico preparando el café soluble. Él odia este café. Odia las manos del médico.

- Encontré su cuaderno, el comienzo de su investigación. Quizá nos servirá. No sé. Por lo menos tenemos algo.

- Las enfermedades nerviosas se curan solo con el tiempo, con paciencia y paz.

Le dice con tranquilidad filosófica y añade:

- Tome Usted el café.

Le alarga la taza. Coge el cuaderno, leyendo su título: “Los animales ciegos, ven el mundo con los ojos de las personas que los aman”.

68

La princesa: “Cuando por la mañana tomes tu café al sol, no pienses: al otro lado de la mar, tomo el té, envuelta en las mantas. Cuando por la tarde mires al sol, no pienses: al otro lado de la mar, contemplo la nevada perenne. Cuando por la noche toques la guitarra, no pienses: allá tras la mar, lanzo al viento mi música llena de ti”.

69

Salí esta mañana, al amanecer, a la ventana. Para adivinar el sol al otro lado de la nieve. Salí para convertirme en las flores que no te recordarán nada. Salí hacia la montaña de nombre triste: “El Suspiro del Moro”.

70

Salí para convertirme en tu aromático tabaco.
Salí para convertirme en tu tierna música.
Salí para convertirme en tus verdes ojos.
Salí para convertirme en tu caballo ciego.
Salí a la mar para amarte sin orillas, para amarte sin puertos.
Porque ya no existe ningún puerto.

P.S.
Perdóname, no pude robarte de tu caballo ciego, que tú nunca llegaste a conocer.